GUÍA LITÚRGICA PARA EL TIEMPO DE NAVIDAD

Ildefonso Fernández Caballero

Un calendario del siglo IV menciona en Roma, por primera vez, la fiesta de la Natividad del Señor, fijada en el 25 de diciembre. Se cristianizaba así la fiesta pagana que celebraba este día el «Sol Invicto».

A partir del solsticio de invierno, el sol comienza a recuperar su esplendor en nuestro hemisferio, después de seis meses de progresivo declive,

Pero hay una luz del mundo infinitamente más resplandeciente que el sol y que nunca pierde su fuerza: Jesús. "La obra de la nueva evangelización consiste en proponer de nuevo al corazón y a la mente , no pocas veces distraídos y confusos, de los hombres y mujeres de nuestro tiempo ,y, sobre todo, a nosotros mismos la belleza y la novedad perenne del encuentro con Cristo. Os invitamos a todos a contemplar el rostro del Señor Jesucristo, a entrar en el misterio de su existencia, entregada por nosotros hasta la cruz, ratificada como don del Padre por su resurrección de entre los muertos y comunicada a nosotros mediante el Espíritu"(Mensaje final al Pueblo de Dios de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 26-10-2012).

Cuando, según la costumbre española, nos deseamos mutuamente felices Pascuas, aludimos a que la Navidad del Señor ha sido, desde su origen, una fiesta explícitamente pascual.

Sin embargo, el tiempo de Navidad tiene una temática de celebración muy definida, y esto hace que las lecturas bíblicas del leccionario sean prácticamente las mismas para los tres ciclos.

Solo dos perícopas evangélicas son propias del ciclo A: (Sagrada Familia y Bautismo); y otras dos, evangélicas también, sin ser exclusivas de este ciclo, puede decirse que son características de la misma temática: misa de vigilia en Navidad, y Epifanía.

MISA VESPERTINA DE LA VIGILIA DE NAVIDAD:

Primera lectura: Is 62, 1-5

Los cristianos vivimos en esta época donde son frecuentes las infidelidades, los abandonos, las devastaciones violentas en el ámbito de la vida social, e incluso de la vida conyugal y familiar. Podemos valorar mejor, por eso, el anuncio profético que hace Isaías sobre una nueva iniciativa divina: llega un tiempo en que no habrá rupturas e infidelidades ni reconciliaciones efímeras en las relaciones de la Alianza entre Dios y los hombres. Se establecerá una nueva y definitiva Alianza cuya indisolubilidad, fidelidad y alegría estarán garantizadas por un recíproco amor eterno.

El apóstol San Pablo, en su carta a los Efesios (Ef 5,21-6,4) nos dice acerca de la alianza conyugal que el misterio de la unión de los esposos es muy grande, referido a Cristo y a la Iglesia. El día en que el Hijo de Dios se hizo carne de nuestra carne, en él, verdadero Dios y verdadero hombre, la naturaleza divina se ha desposado con la naturaleza humana, realizándose el anuncio profético.

Salmo 88: Cantaré eternamente tus misericordias, Señor.

Segunda lectura: Hch 13, 16-17.22-25*.*

El Apóstol, en su discurso a los israelitas y a los hombres de buena voluntad (los "temerosos de Dios") en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, recorre las etapas principales de la anterior historia de la salvación hasta el momento en que Dios, según lo prometido, sacó de la descendencia de David un salvador: Jesús. El precursor del Mesías, Juan, fue el primero en acoger en la fe su venida, y detrás de él una multitud de hombres y mujeres se abrieron al don del Espíritu y a la conversión.

"La fe cristiana, centrada en Cristo,

consiste en confesar que Jesús es el Señor, y que Dios lo ha resucitado de entre los muertos (cf. Rm 10,9). Todas las líneas del Antiguo Testamento convergen en Cristo; él es el « sí » definitivo a todas las promesas, el fundamento de nuestro « amén » último a Dios (cf. 2 Co 1,20). La historia de Jesús es la manifestación plena de la fiabilidad de Dios. Si Israel recordaba las grandes muestras de amor de Dios, que constituían el centro de su confesión y abrían la mirada de su fe, ahora la vida de Jesús se presenta como la intervención definitiva de Dios, la manifestación suprema de su amor por nosotros.

La Palabra que Dios nos dirige en Jesús no es una más entre otras, sino su Palabra eterna (cf. Hb 1,1-2). No hay garantía más grande que Dios nos pueda dar para asegurarnos su amor, como recuerda san Pablo (cf. Rm 8,31-39). La fe cristiana es, por tanto, fe en el Amor pleno, en su poder eficaz, en su capacidad de transformar el mundo e iluminar el tiempo. «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él » (1 Jn 4,16). La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino último" (*Papa Francisco,* Lumen Fidei 15).

Evangelio Mt 1, 1-35

El comienzo del evangelio de San Mateo que se proclama en la misa de vigilia, en Navidad, puede crear una cierta perplejidad por la aridez reiterativa de generaciones cuyo sentido y protagonistas se ignoran. El relato, sin embargo, entraña una gran riqueza de enseñanzas acerca de Jesús. Insertado en un árbol genealógico estructurado en tres períodos de catorce nombres cada uno, el evangelista pretende decirnos que Jesús es un verdadero hombre, es verdaderamente "nacido de mujer" (Gal 4,4); procede de Israel como descendiente de Abrahán, fundador del pueblo que transmite a través de los siglos la bendición de Dios para todo el mundo; es el esperado y deseado miembro de la familia real y heredero del trono de David; todas las generaciones desde Abrahán hasta David, de David hasta la deportación de Babilonia y de la deportación a Babilonia hasta Cristo indican que el "Ungido" viene a nosotros en el tiempo fijado por Dios. El nacimiento de Jesús forma parte de la ordenación del plan de Dios en la historia, desarrollado a través de siglos y generaciones. Él es la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de una esperanza; Jesucristo es el salvador de los pecados, nacido a través de una genealogía de pecadores, y,

al mismo tiempo, destinado a ofrecer la salvación a todos los pecadores. En ruptura con la fórmula redaccional utilizada en las transmisiones genealógicas que le preceden, José no engendró a Jesús, sino que es sólo el esposo de María. La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo.

NATIVIDAD DEL SEÑOR.

MISA DE MEDIANOCHE.

Primera lectura Is 9, 1-3.56

Cuando se desea dar a entender que se acerca el fin de un tiempo de crisis, decimos que ya se ve la luz al final de túnel. Todos entendemos lo que es pasar de las tinieblas del túnel al atisbo de la luz. "El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló" (v 1) El poema de Isaías refleja la certeza de que se va a producir un cambio histórico en la situación del pueblo que está soportando las consecuencias de la guerra, la opresión y el hambre. La invasión asiria (siglo VIII a. C.) que comenzó por la región de Galilea, avanzaba hacia Judea y Jerusalén. Bajo el terror del enemigo, el profeta da ánimos entonces a una gente abatida y sin esperanza: ya se ve la luz al final del túnel, porque "el celo del Señor del universo lo realizará"; él acrece la alegría y aumenta el gozo. El sentido y el mensaje más antiguo para esta noche de Navidad es la llegada de la luz del día, el fin del miedo, la liberación del dominio enemigo, y todo ello "Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado , y es su nombre "Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz".

Salmo 95. Hoy nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor.

Segunda lectura: Tt 2, 11-14.

En la carta de San Pablo a su discípulo Tito se contiene el sentido de la venida de Jesús a nosotros: "Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres" . La dimensión misionera es esencial a la celebración de la Navidad: La gracia de Dios que ha aparecido en Cristo está destinada a todos los hombres sin distinción de razas, lenguas, pueblos o categorías sociales. Y quien recibe el don de Cristo, no lo recibe sólo para sí, sino que lo recibe con el encargo de comunicarlo a los demás.

La celebración de la navidad no es sólo expresión de buenos sentimientos, sino que nos compromete a unas determinadas formas de comportamiento personal: renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa.

La celebración de la navidad nos compromete también a actuar en cuanto que formamos una comunidad eclesial, un nuevo pueblo: "El gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y para prepararse un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras".

Evangelio: Lc 2, 1-14

El evangelio que se proclama en esta noche es una relectura cristiana del poema de Isaías de la primera lectura. Isaías y Lucas coinciden en acentuar el aspecto solemne del nacimiento del niño que nos ha nacido: la mención del decreto y nombre del emperador, del censo, del nombre del gobernador, de la ciudad y casa de David, y en particular de los títulos que se atribuyen a Jesús: *Salvador* es título reservado a Dios; *Mesías-Señor* tiene que ver sobre todo con la resurrección. El profeta y el evangelista coinciden también en que ponen la esperanza en un personaje extraordinario, íntimamente ligado a Dios, fuente de alegría para todo el pueblo, que convierte la tiniebla en luz, y cuya presencia es la paz sin límites para los todos los hombres, bienamados de Dios.

Hay entre ellos, sin embargo, dos diferencias importantes: el anuncio de Isaías parece tener connotaciones cortesanas mientras que el de Lucas está destinado explícitamente y en primer lugar a los pastores pobres que cuidan del rebaño. En el texto de Isaías, la misión de paz recae sobre un personaje que gobernará con justicia y derecho, ejerciendo el poder temporal, mientras que en Lucas, por el contrario, esta misión se asigna a alguien que no dispone de poder político alguno. El evangelista, que escribe después de la muerte de Jesús, sabe que su Maestro ha mostrado un camino nuevo de salvación, no ligado al poder, ni siquiera al poder bien ejercido. Los discípulos de Jesús han de saber llevar la luz la alegría la paz a los hombres, sobre todo a los pobres como los pastores, no por los caminos del poder, la imposición y el gran espectáculo, sino por el camino de la humildad y del servicio.

MISA DEL DÍA

Primera lectura: Is 52, 7-10.

El Papa Benedicto XVI, en su visita a España con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud, dijo en El Escorial (21/8/2012) que en la sociedad actual se constata un especie de eclipse de Dios, una cierta amnesia, más aún, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza”

El eclipse y la ausencia de Dios son causa de ruina en la sociedad: Jerusalén está desolada porque sufre un eclipse de Dios. Es entonces cuando el profeta Isaías presenta a los centinelas de la ciudad santa anunciando alegres noticias de paz y salvación al pueblo, y proclamando que el Señor vuelve para retomar su puesto sobre la colina de Sión, y establecer morada definitiva entre los suyos. Se comporta con su pueblo como un esposo atento y solícito: consuela, rescata, manifiesta su poder. El anuncio profético constata que todos los pueblos pueden contemplar cómo el Señor no abandona a los que se acogen a él sino que está siempre dispuesto a salvarlo. El eclipse de Dios origina también el eclipse del sentido del respeto al ser humano, mientras que el reconocimiento de la presencia de Dios en un pequeño niño recostado en un pesebre es la más firme garantía de la dignidad y de los derechos de todo ser humano.

Salmo. 97. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios.

Segunda lectura: Heb 1, 1-6.

La celebración de la Navidad nos permite introducirnos en el misterio Pascual de Cristo, de cuya actualización sacramental es un aspecto: Jesús, el Hijo, es la plena y

completa revelación del Padre (v. 2).

El Hijo, en cuanto Dios , es reflejo de la gloria del Padre, impronta de su ser que sostiene el universo con su palabra poderosa. La primera palabra que dirige Dios a los hombres es la semilla del Verbo sembrada en todas las criaturas y, especialmente en los seres humanos, creados a su imagen y semejanza. Que, por ello, están invitados a responder con la fe, la obediencia y la adoración

Además de la palabra creadora, en la historia de la salvación, en distintas ocasiones y de muchas maneras, habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas.

Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo.

Por la misión que ha recibido del Padre y realizado entre los hombres, ha cancelado el pecado del mundo, ha restablecido la comunión entre Dios y los hombres y entre los hombres entre sí, con su muerte y resurrección ha sido ensalzado sobre todas las cosas, y "está sentado a la derecha de su majestad en las alturas".

Este Misterio Pascual de Jesús, que permanece para siempre, más allá de los límites de la historia, está presente y vivo en la Iglesia, sobre todo en la celebración eucarística, de manera que cada creyente de todos los tiempos pueda participar en él, tener parte en la intimidad de Dios y ser, unido a Jesús, manifestación de Dios en su propia época.

Por eso podemos celebrar con la Iglesia: "Hoy ha nacido Jesucristo. Hoy ha aparecido el Salvador. Hoy en la tierra cantan los ángeles, se alegran los arcángeles. Hoy saltan de gozo los justos diciendo:«Gloria a Dios en el cielo». Aleluya" (Ant. Magnif., primeras vísperas).

Evangelio: Jn 1, 1-18

"El evangelista Juan, que tantas veces evoca la pregunta sobre el origen de Jesús, no ha antepuesto en su Evangelio una genealogía, pero en el *Prólogo* con el que comienza ha presentado de manera explícita y grandiosa la respuesta a la pregunta sobre el «de dónde». Al mismo tiempo, ha ampliado la respuesta a la pregunta sobre el origen de Jesús, haciendo de ella una definición de la existencia cristiana; a partir del «de dónde» de Jesús ha definido la identidad de los suyos.

«En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios... Y la palabra se hizo carne y acampó entre nosotros» (Jn 1,1-14) . El hombre Jesús es el «acampar» del Verbo, del eterno *Logos* divino en este mundo. La «carne» de Jesús, su existencia humana, es la «tienda» del Verbo: la alusión a la tienda sagrada del Israel peregrino es inequívoca. Jesús es, por decirlo así, la tienda del encuentro: es de modo totalmente real aquello de lo que la tienda, como después el templo, sólo podía ser su prefiguración. El origen de Jesús, su «de dónde», es el «principio» mismo, la causa primera de la que todo proviene; la «luz» que hace del mundo un cosmos. Él viene de Dios. Él es Dios.

Este «principio» que ha venido a nosotros inaugura -precisamente en cuanto principio- un nuevo modo de ser hombres. «A cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios» *(Jn* 1,12s). ... El Evangelio habla aquí muy claramente de

aquellos que creen en el nombre de Cristo, y que por ello reciben un nuevo origen. Por lo demás, aparece de manera innegable la conexión con la profesión del nacimiento de Jesús de la Virgen María: el que cree en Jesús entra por la fe en el origen personal y nuevo de Jesús, recibe este origen como el suyo propio. De por sí, todos estos creyentes han nacido ante todo «de la sangre y el amor humano». Pero la fe les da un nuevo nacimiento: entran en el origen de Jesucristo, que ahora se convierte en su propio origen. Por Cristo, mediante la fe en él, ahora han sido generados por Dios.

Así ha resumido Juan el significado más profundo de las genealogías, y nos ha enseñado a entenderlas también como una explicación de nuestro propio origen, de nuestra verdadera «genealogía». De la misma manera que, al final, las genealogías se interrumpen, puesto que Jesús no fue generado por José, sino que nació de modo totalmente real de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, así esto vale también ahora para nosotros: nuestra verdadera «genealogía» es la fe en Jesús, que nos da una nueva proveniencia, nos hace nacer «de Dios»". (Joseph Ratzinger, Benedicto XVI*, La infancia de Jesús,* 3ª edición, Planeta, Barcelona, diciembre 2012, pp 19-20).

==========

LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Celebramos la fiesta de la Sagrada Familia, después de que el Papa Francisco haya publicado la **EXHORTACIÓN APOSTÓLICA *AMORIS LAETITIA SOBRE EL AMOR EN LA FAMILIA***

" La historia de una familia está surcada por crisis de todo tipo, que también son parte de su dramática belleza. Hay que ayudar a descubrir que una crisis superada no lleva a una relación con menor intensidad sino a mejorar, asentar y madurar el vino de la unión. No se convive para ser cada vez menos felices, sino para aprender a ser felices de un modo nuevo, a partir de las posibilidades que abre una nueva etapa. Cada crisis implica un aprendizaje que permite incrementar la intensidad de la vida compartida, o al menos encontrar un nuevo sentido a la experiencia matrimonial." (N. 232)

Primera lectura: Eclo 3, 2-6. 12-14

Cuando tantos actos inhumanos de violencia se producen en el seno de las familias, y se divulgan por los medios de comunicación social, estas reflexiones bíblicas ponen de relieve que la simple humanidad en las relaciones familiares no son ajenas, sino que está íntimamente vinculada, con la observancia del amor a Dios.

El texto subraya precisamente esta relación que existe entre las relaciones familiares y la relación con Dios. Honrar a los padres, respetarlos y cuidarlos es una forma de obedecer y dar culto a Dios, mientras que no apiadarse de ellos y abandonarlos en los momentos difíciles es una forma de menosprecio de Dios (VV 6.14). La relación filial exige honra, respeto y servicio de palabra y de obra tanto al padre como a la madre. La observancia del cuarto mandamiento redundará positivamente en el futuro de los hijos, no sólo desde el punto de vista humano, sino también en el ámbito religioso: perdón de los pecados, acogida y escucha por parte del Señor, bendición divina. La honra a los padres no es un deber sólo durante el tiempo de la convivencia en el hogar paterno, sino también después de la emancipación, incluido el momento de la debilidad física o mental de los progenitores.

Cuanto explícitamente se expresa acerca de las relaciones de los hijos con los padres

hay que entenderlo también en lo que se refiere a las mutuas relaciones del padre con la madre.

Salmo 127: Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos.

Segunda lectura: Col 3, 12-21.

El Apóstol presenta las virtudes que identifica, como si se tratara de las piezas de un uniforme, a las familias de los creyentes, *elegidos de Dios, santos y amados:* la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión, paciencia de los unos para con los otros, capacidad de acogida y de perdón según la medida de la misericordia del Señor. Son exigencias y manifestaciones de la caridad que da vida y ciñe a todas estas actitudes, como *vínculo de la perfección cristiana.*

Para convivir en familia conforme al modelo evangélico no basta con el esfuerzo personal y la oración individual. Es necesario participar colectivamente en la edificación de la comunidad cristiana y, especialmente, en la oración común en la asamblea en torno a la Palabra de Dios y a la Eucaristía, que es el sacramento de la Acción de Gracias.

De estos valores, que deben ser comunes y distintivos de todos los cristianos, se derivan los valores familiares fundamentales como el amor en el seno de la convivencia conyugal y entre padres e hijos, el respeto mutuo y la tarea educativa que la vida doméstica supone para todos los miembros de la casa.

La familia cristiana, como célula de la Iglesia, siempre debe tener como modelo de referencia la forma de vida de Jesús

Evangelio. Mt 2, 13-15. 19-23.

Este evangelio de fiesta de la Sagrada Familia es característico de Mateo. Las referencias de «cumplimiento» de las Escrituras son abundantes. El tema central es el proceso de repetición, por parte de Jesús, de las vicisitudes históricas de Moisés y de todo el pueblo, en el Éxodo. Con audacia y sagacidad el evangelista ve en el suceso de la huída a Egipto el cumplimiento de las palabras de Oseas: *De Egipto llamé a mi hijo.* El profeta se refería al conjunto de Israel que, cuando todavía era un pueblo nuevo como un niño, fue llamado de Egipto para iniciar su peregrinación hacia la tierra prometida. Dios pues, como hizo con Israel en otro tiempo, hizo volver nuevamente de Egipto al que es su Hijo verdadero para emprender una nueva etapa, un nuevo comienzo de la historia de la salvación, que tiene esta vez a Jesús como caudillo superior a Moisés.

Las vicisitudes de la vida de Jesús determinan las de toda su familia terrena. José aparece de nuevo en primer plano en la realización de sus deberes paternos: obediente a la voluntad divina cogió con diligencia al niño y a su madre para realizar lo mandado sin pérdida de tiempo, cuando aún es de noche. María coopera con José sirviendo a su hijo con amor de madre sacrificada. No se la designa por su nombre, sino solamente como «su madre», lo cual no significa ningún frío distanciamiento de ella por parte del evangelista, sino que éste indica así que María recibe del niño toda su dignidad. La gloria de María radica en su elección para la verdadera y real maternidad humana de Jesús.

Jesús, y con él toda la familia, comparte las mismas dificultades que padecen las personas y familias perseguidas.

La Sagrada Familia no es, ciertamente, una familia como las demás, por razón de la especial identidad de Jesús y de la vocación excepcional de María y de José. Sin embargo, constituye un modelo de vida para toda familia cristiana, donde la santidad crece y se consolida en la fidelidad cotidiana al Señor en los acontecimientos pequeños y grandes.

Por otra parte, en continuidad con la enseñanza del Antiguo y el Nuevo Testamento, la Iglesia ha enseñado siempre la importancia de la familia como la unidad fundamental de la estructura social: "La autoridad, la estabilidad y la vida de relación en el seno de la familia constituyen los fundamentos de la libertad, de la seguridad, de la fraternidad en el seno de la sociedad" (CIC 2207).

SOLEMNIDAD. SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Primera lectura: Num 6, 22-27

La octava de la Navidad del Señor se celebra la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios. En los países que siguen el calendario gregoriano, este día coincide con el primero del año. Circunstancia que se tiene en cuenta en la elección de la primera lectura.
Intercambiamos felicitaciones y buenos deseos para un nuevo año, que no podemos saber qué traerá para cada uno de nosotros y para el mundo. Una cosa sí sabemos ciertamente: que la vida de cada uno y la marcha de la historia están en las manos de Dios, y que podemos contar con la gracia de Jesús, el Salvador, y con la intercesión de aquella que, al ser madre de Cristo, es también madre nuestra, ya que Jesús no se desdeña en llamarnos hermanos.

La lectura actualiza la antigua bendición que los sacerdotes de Israel impartían al pueblo la víspera de las solemnidades litúrgicas, y especialmente en la fiesta del año nuevo.

La fórmula invoca los favores de Dios. Invocar sobre los reunidos el nombre del Señor significa pedir y esperar que él sea fuente de salvación y de todos los dones necesarios. Estos dones se incluyen en el don mesiánico de la paz, esto es, de la plenitud de la felicidad. Porque el don de la paz otorga al ser humano vivir en armonía con Dios, consigo mismo y con la naturaleza. Y Dios lo concede a quien trabaja para establecer la paz entre los hombres.

El Papa Francisco nos recordó, en el mensaje para la 47 Jornada Mundial de la Paz, que *"la fraternidad, don y tarea que viene de Dios Padre, nos convoca a ser solidarios contra la desigualdad y la pobreza que debilitan la vida social, a atender a cada persona, en especial de los más pequeños e indefensos, a amarlos como a uno mismo, con el mismo corazón de Jesucristo".*

Salmo: 66 El Señor tenga piedad y nos bendiga

Segunda lectura: Gal 4, 4-7.

Este breve fragmento de la carta del Apóstol a los cristianos de la región de galacia es una fórmula que sintetiza todo el misterio de nuestra fe: "Cuando se cumplió el tiempo envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley para rescatar a los que estaban bajo la Ley". Dios culmina el tiempo de las antiguas promesas y da comienzo a una nueva era.

La mujer madre, al engendrar a Jesús, es la garantía que éste es uno de los nuestros, sometido a las leyes y condiciones humanas de un verdadero ser humano. Y también de que, al encarnarse Cristo en el seno de la mujer María, toda la humanidad de algún modo se ha identificado con él, formando una realidad única (cf. Rom 1, 3).

El envío del Hijo tiene como finalidad "rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción". Esta adopción es más que una realidad simplemente jurídica, porque el mismo Espíritu Santo que realizó la encarnación en el seno de María transforma también el corazón del creyente, dándole la facultad de llamar a Dios «¡Abba! Padre»; no como esclavo, sino como libre con la libertad de hijo y heredero por voluntad de Dios.

Cuando celebramos la fiesta de Santa María, Madre de Dios, celebramos nuestra fe en el misterio de la salvación en cuyo conjunto María ocupa, junto a Cristo en la Iglesia, un puesto único e irreemplazable.

Evangelio: Lc 2, 16-21

El anuncio del ángel a los pastores en la noche de Belén, sitúa el nacimiento de Jesús en unas coordenadas de tiempo y de lugar similares a aquellas en que necesariamente se desenvuelve toda vida humana. "Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador". *Hoy:* la vida de Jesús discurre, fuera ya del seno materno, en un tiempo definido; el eterno se inserta en la historia de los grandes personajes de la vida política universal y regional, que el evangelista ha reseñado cuidadosamente, de un modo humilde. *En la ciudad de David:* el lugar del nacimiento, que es un dato importante en la identidad de cada ser humano, vuelve a reforzar el vínculo de Jesús, el Mesías, el Señor, con la dinastía davídica. Vínculo establecido legalmente por ser José *de la casa y estirpe de David.* El *hoy* de Jesús es el tiempo de una oferta de plenitud de gracia; Belén es el lugar donde el nacimiento señala a Jesús como eslabón definitivo en la historia de la salvación del pueblo de Dios.

Las fechas del calendario pasan para Jesús como para cada uno de nosotros: desde el *hoy* del anuncio del Nacimiento a los pastores, han pasado ya ocho días. Conforme a la Ley, el que no ha venido a abolirla, sino a darle cumplimiento, se somete al rito de la circuncisión mediante el cual se significa públicamente y se realiza su pertenencia al pueblo elegido (cf Gn 17, 2-17). *"Y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción"*.

Todos estos acontecimientos entran a formar parte de la tradición viva de la Iglesia gracias a María, que conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón. María medita todo lo que vive para comprenderlo mejor. Ella va uniendo todos los acontecimientos para subir peldaños en la escalera de su fe. La lectura creyente de los hechos de la historia de la salvación, y el crecimiento de la fe viva y activa de la Iglesia tienen su comienzo y su modelo en el corazón de María.

DOMINGO SEGUNDO DESPUÉS DE NAVIDAD.

Primera lectura: Si 24, 1-2.8-12

Para la vida del hombre es imprescindible la sabiduría, entendida como

conocimientos y habilidades prácticas. No bastan el conocimiento de teorías o saberes intelectuales, sino que es también necesaria la capacidad para realizar las tareas de la vida. La sabiduría es, por una parte una conducta reflexionada, juiciosa y con conocimiento de causa, que hace capaz a la persona que la posee para configurar la existencia; y por otra, la dota de pedagogía para formular y transmitir experiencias, con el fin de que otros puedan también ordenar correctamente la realidad.

Pero, además de esta forma de conocimientos, el ser humano necesita sobre todo la luz de una sabiduría que le permita dar respuesta a los interrogantes trascendentales de la existencia: de donde venimos, a qué fin se dirige cada persona y cómo lograrlo; cual es el sentido de la historia; buscar respuesta a los enigmas de la vida: el sufrimiento y el gozo, el fracaso y el éxito, el sinsentido y lo que es verdaderamente válido; donde se encuentra la infelicidad y dónde la felicidad plena; cómo superar la muerte y participar en la vida eterna de Dios.

El texto proclamado nos orienta hacia Dios como fuente de la sabiduría que nos permite compartir la amistad y la vida que él ofrece a los hombres. Sabiduría que se presenta unida a Dios, pero al mismo tiempo distinta de él. Se identifica con la Palabra que hizo surgir y ordenar el mundo el mundo, y con la Palabra revelada que habita en Jacob y tiene a Israel como heredad. Que convoca y unifica la Asamblea del Altísimo y que, a partir de Jerusalén llegará a establecerse en la congregación plena de los santos.

En el Antiguo Testamento radica en la Ley; en el Nuevo Testamento tal sabiduría es Jesús.

Salmo 147. La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

Segunda lectura: Ef 1, 3-6. 15-18.

La concentración de celebraciones en el corto Tiempo de Navidad da ocasión a contemplar el misterio del Hijo de Dios encarnado desde distintos enfoques y puntos de vista. El segundo domingo después de Navidad nos lleva a celebrar a Cristo como Sabiduría. Un Cristo "que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (1 Co 1, 24).

Refiriéndose claramente al lenguaje de los libros sapienciales, en el Nuevo Testamento se le proclama "*imagen del Dios invisible"*,"*primogénito de toda criatura"*, por medio del cual fueron creadas y en el cual subsisten (cf. Col 1, 15-17); Él, en cuanto Hijo de Dios, es "*irradiación de su gloria e impronta de su sustancia y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas"* (Heb 1, 3).

En la primera parte de la lectura de hoy (vv. 3-6), el Hijo aparece como único mediador de la iniciativa divina, es el que todo lo cumple y lleva a cabo con la entrega de sí mismo hasta la donación de su vida. El Padre se sirve de *su querido Hijo* (v. 6) para realizarla. El Espíritu Santo es la prenda de la herencia ofrecida al hombre (v. 13). Así en el designio de la nueva creación actúan las tres personas divinas en favor del hombre renovado en la plenitud de los tiempos (vv. 9-10).

En la segunda parte, mediante la fe, Cristo-Sabiduría de Dios viene a ser sabiduría que ilumina los ojos de nuestro corazón para que comprendamos cuál es el sentido de nuestra existencia: cuál es la esperanza a la que Dios, el Padre de la gloria, nos llama, cual la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Evangelio: Jn 1, 1-18:

Vuelve a tomarse el evangelio del día de Navidad. El Evangelista Juan, evocando la Sabiduría descrita en su intimidad con Dios, habla del Verbo que estaba en el principio, junto a Dios, y confiesa que*"el Verbo era Dios"*(Jn 1, 1). La Sabiduría, que el Antiguo Testamento había llegado a equiparar con la Palabra de Dios, es identificada ahora con Jesús, el Verbo que*"se hizo carne y habitó entre nosotros"*(Jn 1, 14). Como la Sabiduría, también Jesús, Verbo de Dios, invita al banquete de su palabra y de su cuerpo, porque Él es*"el pan de vida"*(Jn 6, 48), da el agua viva del Espíritu (Jn 4, 10; 7, 37-39), tiene*"palabras de vida eterna"*(Jn 6, 68). En todo esto, Jesús es verdaderamente*"más que Salomón"*, porque no sólo realiza de forma plena la misión de la Sabiduría, es decir, manifestar y comunicar el camino, la verdad y la vida, sino que Él mismo es*"el camino, la verdad y la vida"* (Jn 14, 6), es la revelación suprema de Dios en el misterio de su paternidad (Jn 1, 18; 17, 6).

"En muchos ámbitos de la vida confiamos en otras personas que conocen las cosas mejor que nosotros. Tenemos confianza en el arquitecto que nos construye la casa, en el farmacéutico que nos da la medicina para curarnos, en el abogado que nos defiende en el tribunal. Tenemos necesidad también de alguien que sea fiable y experto en las cosas de Dios. Jesús, su Hijo, se presenta como aquel que nos explica a Dios (cf. Jn 1,18). La vida de Cristo —su modo de conocer al Padre, de vivir totalmente en relación con él— abre un espacio nuevo a la experiencia humana, en el que podemos entrar. La importancia de la relación personal con Jesús mediante la fe queda reflejada en los diversos usos que hace san Juan del verbo credere. Junto a « creer que » es verdad lo que Jesús nos dice (cf. Jn14,10; 20,31), san Juan usa también las locuciones « creer a » Jesús y « creer en » Jesús.

« Creemos a » Jesús cuando aceptamos su Palabra, su testimonio, porque él es veraz (cf.Jn 6,30). « Creemos en » Jesús cuando lo acogemos personalmente en nuestra vida y nos confiamos a él, uniéndonos a él mediante el amor y siguiéndolo a lo largo del camino (cf.Jn 2,11; 6,47; 12,44).

Para que pudiésemos conocerlo, acogerlo y seguirlo, el Hijo de Dios ha asumido nuestra carne, y así su visión del Padre se ha realizado también al modo humano, mediante un camino y un recorrido temporal. La fe cristiana es fe en la encarnación del Verbo y en su resurrección en la carne; es fe en un Dios que se ha hecho tan cercano, que ha entrado en nuestra historia. La fe en el Hijo de Dios hecho hombre en Jesús de Nazaret no nos separa de la realidad, sino que nos permite captar su significado profundo, descubrir cuánto ama Dios a este mundo y cómo lo orienta incesantemente hacía sí; y esto lleva al cristiano a comprometerse, a vivir con mayor intensidad todavía el camino sobre la tierra" (Papa Francisco, *Lumen Fidei*, 18).

EPIFANÍA DEL SEÑOR

La Epifanía celebra, en el misterio del Hijo de Dios hecho carne, su manifestación a todos los hombres.

Primera lectura: Is 60, 1-6.

La visión que nos presenta la primera lectura se refiere a un futuro último que hay

que empezar a construir, ya desde el presente. Jerusalén es la ciudad definitiva. No se ha restablecido aún en toda su gloria. Pero es apremiante reconstuirla y disponerla para la gloria última que le espera. Esa gloria viene significada por *la luz* como motivo central del canto profético: luz e iluminar, resplandor, amanecer y aurora, son términos que se contraponen a noche, oscuridad y tinieblas. De esta tiniebla debe surgir la ciudad constantemente para convertirse en luz esplendorosa, porque reverbera en ella la gloria del Señor, es decir Dios mismo. La ciudad no recibe el don de la luz para sí misma, sino para convertirse en faro que oriente a todas las naciones de la tierra.

En el pueblo de Israel se dio un proceso de tránsito desde el particularismo al universalismo. Ciertamente fue especialmente elegido, pero para ser, a su vez, instrumento de Señor en favor de todos los pueblos. El Dios de Israel es también el único Dios del mundo y prometió a Abrahán que en su posteridad se gloriarían todas las naciones de la tierra.

La tradición cristiana ha recogido ese universalismo sin discriminación. Jesucristo, que ha venido a quitar el pecado del mundo entero y a reunir a todos los hijos de Dios dispersos (Jn 1, 29; 4, 42; 11, 52), encomienda a sus discípulos una misión universal (Mt 28, 19; Mc 16, 16). Cristo es la luz de los pueblos. Su claridad resplandece sobre la faz de la Iglesia que es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima de los hombres con Dios y de la unidad de todo el género humano (cf. LG 1).

Salmo 71. Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra.

Segunda lectura: Ef 3, 2-3a. 5-6.

La gracia que ha recibido Pablo no es un don sólo para sí mismo sino que lo ha recibido en favor de los demás. La elección y la gracia se le dan en orden a la misión de llevar el evangelio a los gentiles "que son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo". La Epifanía del Señor fundamenta la responsabilidad misionera que incumbe a cada cristiano. Éste debe convertirse en transparencia de la luz divina para los demás. Por no creer en su papel, muchos cristianos dejan de ser luz para las tinieblas del mundo. Es verdad que esta tarea se ha hecho difícil pero, por lo mismo, más necesaria en el momento presente.

Ahora bien, el cristiano no se encuentra solo para ser reflejo de la luz de Cristo en la sociedad actual. Toda la Iglesia de ayer y de hoy, iluminada por el Espíritu *que fortalece a sus santos apóstoles y profetas* tiene como misión esencial mostrar su luz a los otros.

El Papa Francisco decía a los obispos de Argentina, reunidos en la 105 Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina en carta de 16-5-2013:

"Les expreso un deseo: Me gustaría que los trabajos de la Asamblea tengan como marco referencial al Documento de Aparecida y "Navega mar adentro". Allí están las orientaciones que necesitamos para este momento de la historia. Sobre todo les pido que tengan una especial preocupación por crecer en la misión continental en sus dos aspectos: misión programática y misión paradigmática. Que toda la pastoral sea en clave misionera.

Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga, se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa, les quiero decir

francamente que prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma. La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autorreferencial; mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar "la dulce y confortadora alegría de evangelizar".

Evangelio: Mt 2, 1-12

Este evangelio es absolutamente clásico de Mateo. Es un momento privilegiado de la predicación del ciclo A, puesto que en la escena de los magos confluyen los grandes temas teológicos que desarrollará luego el primer evangelio: judaísmo-gentilidad, envidia-fe, interpretación de los signos-atención a las escrituras, particularismo-universalismo, etc.

La evidente intención de la Iglesia en la fiesta de la Epifanía es presentarnos los magos de ayer para hacer de nosotros los magos de hoy: "Reconozcamos pues, queridos míos en los magos adoradores de Cristo, las primicias de nuestra vocación y de nuestra fe y celebremos con corazones llenos de alegría los inicios de esta esperanza. Porque desde este momento hemos empezado a entrar en la herencia celeste" (San León, 2º sermón sobre la Epifanía).

"Tres magos, llamados de su lejano país fueron *conducidos por una estrella* para conocer y adorar al Rey del cielo y de la tierra. La docilidad de esta estrella nos invita a imitar su obediencia y a hacernos así, en la medida de nuestras posibilidades, servidores de esta gracia que lleva a todos los hombres a Cristo...Cualquiera que tiene en sí el brillo de una vida santa, muestra a la multitud, como una estrella, el camino que conduce al Señor." (San León, tercer sermón sobre la Epifanía).

El *ponerse en marcha de los magos*, desde que vieron la estrella, ha sido siempre el símbolo de la respuesta a la llamada de la fe. De este modo la Epifanía nos compromete en una marcha hacia el Señor para reconocer más su divinidad y cumplir nuestra función de criaturas con una ofrenda a nuestro Dios.

La ofrenda que reemplace al oro, el incienso y la mirra ha de ser la ofrenda de nuestra propia vida, que hacemos sacramentalmente en la eucaristía, sobre todo la del domingo, en la que somos injertados en Cristo, único sacrificio que puede ofrecerse con eficacia. "Mira, Señor los dones de tu Iglesia, que no son oro, incienso y mirra, sino Jesucristo, tu Hijo, que en estos misterios se manifiesta, se inmola y se da en comida" (Oración sobre las ofrendas en la misa de Epifanía) "Que él nos transforme en ofrenda permanente" (Epíclesis de la Plegaria Eucarística III).

Se marcharon a su tierra por otro camino: Renovados con la luz de la Palabra de Dios y fortalecidos con el cuerpo y la sangre de Cristo retomamos nuestro caminar a través de la patria terrena hacia el encuentro definitivo con el gran Rey (Antífona del Magníficat, primeras vísperas).

"El Concilio Vaticano II ha hecho que la fe brille dentro de la experiencia humana, recorriendo así los caminos del hombre contemporáneo. De este modo, se ha visto cómo la fe enriquece la existencia humana en todas sus dimensiones (Papa Francisco, Lumen Fídei 6).

EL BAUTISMO DEL SEÑOR.

Primera lectura Is 42, 1-4. 6-7

Tomada del primero de los cuatro cánticos deL "Siervo doliente", la lectura de hoy nos presenta al Siervo en el acto de cumplir su misión. Para esto ha sido formado desde el vientre materno, elegido por Dios y lleno del Espíritu. (v. 1)

La realizará con una actitud humilde y benévola, acogedora de toda tentativa de bien, pero no exenta de fortaleza en las pruebas y sufrimientos, que no le faltarán . No utilizará otras armas que las de la paz. (vv. 2-4).

Sus prerrogativas y tareas serán las propias de los ungidos: reyes, sacerdotes y profetas. *Como rey* promoverá fielmente el derecho y las leyes esperadas y acogidas en razón de su justicia, es decir que reinará en el nombre del Señor.

Como sacerdote cumplirá su misión en servicio de la Alianza.

Como profeta hablará comunicando la voluntad de Dios y será luz de las naciones.

Siempre, su acción será liberadora de todo el mal que afecta al hombre entero. Abrirá los ojos de los ciegos para que puedan caminar sin tropiezos por los caminos que llevan a la vida; y los cautivos y prisioneros recobrarán la libertad y la dignidad propias de los hijos de Dios.

La vocación y misión del Siervo es anuncio de la vocación y misión de Cristo y, por tanto, de nuestra propia vocación y misión. Porque mediante el bautismo hemos sido consagrados para formar parte de su pueblo y para ser siempre miembros de Cristo, sacerdote profeta y rey (cf. Oración de la unción con el Crisma en el rito bautismal).

Salmo 28 El Señor bendice a su pueblo con la paz.

Segunda lectura Hch 10, 34-38.

Está tomada de lo que hoy llamaríamos una catequesis bautismal, impartida por Pedro en Cesarea para justificar ante los judíos, y para preparar el bautismo del Centurión romano. A pesar de que éste no practicaba ninguna religión idolátrica, sino piadoso y temeroso de Dios, no dejaba de pertenecer a la gentilidad por su condición de incircunciso. Era ya un acto de audacia que Pedro se hospedara y relacionara con incircuncisos; más todavía que le admitiera al bautismo. Pero Dios le había mostrado previamente que no debía declarar profano e impuro a ningún hombre (cf. Hch 10, 15) y toma la palabra para justificar lo que va a realizar y para catequizar a Cornelio y a los que con él van a ser admitidos mediante el bautismo en la comunidad de los fieles de Jesús. El discurso de Pedro es introducido por una afirmación clara: Dios no hace distinciones(v. 34); ante él no existen preferencias por razón de razas ni de posición social. Todos, sean judíos o paganos, son hijos amados e iguales en dignidad. Jesús los ha unificado a todos en un solo pueblo de Dios, sin exclusión alguna. Según Pedro, la *palabra* es la salvación mesiánica que *Dios envió a los israelitas* en primer lugar, y que fue obrada por Jesucristo anunciando la paz no sólo en las relaciones entre los hombres y Dios, sino también entre judíos y paganos. Por esto Jesucristo es *el Señor de todos.* La obra salvadora de Jesús se sitúa en el país de los judíos, aunque la cosa empezó en Galilea, y en el tiempo en que Juan predicaba el bautismo. En el bautismo, recibido en el Jordán, Jesús fue proclamado por la Palabra del Padre como *Hijo predilecto* (Lc 3,22). Ungido con la fuerza del Espíritu, pasó haciendo el bien y

curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. A cuantos se adhieren a su palabra y lo reconocen Hijos de Dios le son perdonados sus pecados, son también ungidos por el Espíritu Santo y asociados a su misión salvadora.

Evangelio (Mt 3,13-17)

El evangelio del bautismo de Jesús según San Mateo, texto propio del ciclo A, tiene como característica el diálogo que se entabla entre Juan y Jesús: Juan intentaba disuadir a Jesús. Y Jesús le dice que su bautismo tiene la finalidad de «cumplir todo lo que Dios quiere». Se abre con esto una perspectiva nueva para el bautismo de Juan. En el bautismo de Juan, Jesús asume el pecado del mundo y lo purifica simbólicamente. El bautismo adquiere así una dimensión profética: todo el pueblo nuevo de Jesús recibe la justicia en la persona de su cabeza.

"Aquí deseo subrayar brevemente tres aspectos. En primer lugar, la imagen del cielo que se abre: sobre Jesús el cielo está abierto. Su comunión con la voluntad del Padre, la «toda justicia» que se cumple, abre el cielo, que por su propia esencia es precisamente allí donde se cumple la voluntad de Dios. A ello se añade la proclamación por parte de Dios, el Padre, de la misión de Cristo, pero que no supone un hacer, sino su ser: Él es el Hijo predilecto, sobre el cual descansa el beneplácito de Dios. Finalmente, quisiera señalar que aquí encontramos, junto con el Hijo, también al Padre y al Espíritu Santo: se preanuncia el misterio del Dios trino, que naturalmente sólo se puede manifestar en profundidad en el transcurso del camino completo de Jesús. En este sentido, se perfila un arco que enlaza este comienzo del camino de Jesús con las palabras con las que el Resucitado enviará a sus discípulos a recorrer el «mundo»: «Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo» *(Mt 28, 19)*. El bautismo que desde entonces administran los discípulos de Jesús es el ingreso en el bautismo de Jesús, el ingreso en la realidad que Él ha anticipado con su bautismo. Así se llega a ser cristiano" (Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret,* Ed. La esfera de los libros, Madrid 2007, pp. 45-46)